

nieran a qué se refieren exactamente. Si socialismo democrático significa superación del capitalismo en el sentido en que en el siglo XIX se pensaba que el capitalismo habría de ser superado, esto es, convirtiendo la propiedad privada en propiedad colectiva y disolviendo el estado como política en una mera gestión de la producción, entonces socialismo democrático es un ideal que mira al pasado, a una etapa propia de los inicios del capitalismo industrial. Si la superación del capitalismo no entraña la supresión de la propiedad ni, en consecuencia, del mercado, ni, por tanto, de la democracia, entonces hay que expli-

car en qué se diferencia realmente —más allá de reforzar el poder de los sindicatos— el ideal inédito del socialismo democrático de la práctica ya más experimentada de la socialdemocracia. Si, en fin, socialismo democrático es un modelo de sociedad en el que han desaparecido todas las desigualdades y en el que todos los hombres son libres, honrados y cooperativos, entonces socialismo democrático es ese socialismo del futuro o ese futuro del socialismo en que entretiene sus pláticas Alfonso Guerra y algunos ideólogos de su entorno, pero ¿cree alguien de verdad que merece la pena seguir discutiendo?

NOTAS

1. Escribe Santesmases: «Algunos no somos tan aficionados, como [José M. Maravall] a la acumulación de material sociológico con evidencias empíricas, por lo cual muchas de nuestras reflexiones van a situarse en un nivel más especulativo». Y añade, en lo que puede ser una de esas erratas que hacen las delicias de los duendes de imprenta: «esperemos que ello nos aboque irremediabilmente a construir un discurso sin fundamento». Supongo que el autor quería decir «no nos aboque», pero la supresión de la negación deja a su discurso con un fundamento puramente especulativo.

2. Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*, vol. 1, *El debate contemporáneo* (trad. S. Sánchez González), Madrid, Alianza, 1988, p. 33.

3. «Fin de siècle: el socialismo después de la caída», en Robin Blackburn (ed.), *Después de la caída*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 147.

4. Jürgen Habermas, «¿Qué significa hoy socialismo? Revolución recuperadora y necesidad de revisión de la izquierda», en R. Blackburn (ed.), *Después de la caída*, p. 59.

REPENSAR O CONGELAR LA IZQUIERDA

Ignacio Sotelo

Freie Universität, Berlín

Conviene advertir, para evitar malentendidos, que el texto que sigue no quiere ser una reseña del libro de Antonio García-Santemeses, *Repensar la Izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual* (Barcelona, Anthropos,

1993). Esta vez no estoy dispuesto a seguir los pasos del crítico hasta el olimpo, para dictaminar desde las alturas qué aspectos deben considerarse positivos y cuáles negativos, dónde el autor ha acertado y dónde se ha equivocado, vertiendo,

como es usual, una de cal y otra de arena. Las páginas que siguen tienen otro objetivo: provocar la discusión sobre cuestiones que a ambos nos importan. Llevamos ya muchos años de permanente disputa, empujados los dos en subrayar las diferencias. De ahí que no rehúya acercarme hasta la diatriba, si ello contribuye a decantar el debate. Saber que Santesmases tendrá ocasión de replicar —nunca ha declinado el poner en la picota los que ha considerado mis errores— me tranquiliza a la hora de afilar la espada.

De lo primero de lo que hay que dejar constancia es de que, pese a ser mucho más joven, de algún modo Santesmases pertenece a la generación que, al soñar el 68, recoge la herencia revolucionaria de 1848. En otra ocasión me detendré a mostrar la profunda relación que existe entre estas dos revoluciones fracasadas. Lo saco ahora a colación, porque un elemento común de ambas, el afán de vincular la teoría con la práctica, pervive todavía en Santesmases. Profesor de filosofía política, a la vez que dirigente socialista —tan fino intelectual, como avezado político— ha sabido cumplir en ambas funciones, sin que la teoría se deslinde de la práctica, ni ésta reniegue de la teoría, desmintiendo con su sola presencia a los que se empeñan en que, o bien se piensa, o bien se actúa; el dilema no podría salvarse con una conjunción copulativa.

En los últimos 15 años no ha habido en España discusión sobre algún aspecto del socialismo en la que no haya dado su parecer Santesmases, ni pelea dentro de la izquierda en la que no haya participado. Donde no ha sido invitado —por ejemplo, a las reuniones de Jávea— por lo mismo quedan descalificadas de sectarias. Durante estos años su voz ha sido una de las pocas realmente libres que se han podido escuchar en el PSOE. Pocos españoles habría señalado con mayor experiencia perso-

nal a la hora de enjuiciar «la evolución del socialismo en la España actual». Si el único objetivo del libro fuese «ayudar a aquellos historiadores y sociólogos que en el futuro quieran interpretar estos años del socialismo español» (p. 14) el éxito lo tiene asegurado: nadie que quiera captar los contenidos ideológicos del socialismo español de nuestros días puede prescindir de los escritos de Santesmases.

Ahora bien, tanto el filósofo como el político, con la expresión escrita de su pensamiento en periódicos y revistas han pretendido bastante más que dejar testimonio de la sorprendente «evolución ideológica» del socialismo español. En todo momento, el filósofo ha valorado los cambios ocurridos en vistas a la acción. Santesmases ha leído hasta el último folleto, reflexionado y luego escrito con el fin de prepararse a la acción o como parte de la acción política, a la vez que ésta ha enriquecido su pensamiento. A este respecto es significativo el cambio que se percibe a partir de 1987, al asumir mayor responsabilidad en la dirección de Izquierda Socialista. El hecho es que Santesmases no cuenta simplemente lo ocurrido, sino que lo interpreta y sobre todo lo juzga, a menudo severamente. Juicio que, en último término, se basa en una idea recia del socialismo que le permite señalar en cada momento la línea que considera correcta.

Si el intelectual se distingue por la duda, confiando con su ilustre tocayo en que «no será verdad, todo lo que pensamos» y el político, en cambio, por saber en cada momento lo que hay que decir y hacer, Santesmases pertenece claramente a la segunda estirpe. Pese a los fracasos cosechados, pese a los muchos derrumbamientos ocurridos en los últimos años, ni por lo más remoto deja traslucir una pizca de duda o de desánimo que ponga en tela de juicio una idea fuerte del socialismo.

Suele rechazar la argumentación, si no desemboca en una acción que parezca razonable y sobre todo consecuente: Santesmases, a diferencia de los socialistas al uso, es muy consciente de pertenecer a una tradición ante la que se siente heredero responsable. En posiciones obviamente muy distintas, incluso opuestas, sin embargo, en estar igualmente seguros de llevar siempre razón coinciden Felipe González y Antonio García-Santesmases. Y lo digo sabiendo que el que se pueda apuntar alguna coincidencia entre ambos, no les gusta a ninguno de los dos.

¿Cuál es la concepción del socialismo a la que, como a roca segura, se aferra un Santesmases, capaz de aguantar incólume hasta los terremotos de estos últimos años? Aunque acompañada, más o menos explícita cada página del libro, el lector está condenado a descifrarla, con el riesgo de que el autor pueda distanciarse de cualquiera de las fórmulas a las que se llegue, máxime cuando ha sufrido también una evolución que, sin embargo, en este punto queda bastante soterrada.

En cambio, bien clara está la «evolución ideológica» del partido socialista que puede muy bien resumirse en la fórmula, «del marxismo revolucionario al liberalismo, sin pararse siquiera en la socialdemocracia» (p. 18). Las dificultades surgen a la hora de dar cuenta de estos saltos —por qué el marxismo revolucionario no desemboca en la socialdemocracia, sino en el liberalismo duro y puro— y sobre todo, cuando hay que decidir, desde el reconocimiento de los valores de la izquierda, cuál de estas tres posibilidades hubiera sido la correcta: la fidelidad al marxismo revolucionario; su conversión a la socialdemocracia; el desembarco en un liberalismo «modernizador».

Desde el marxismo revolucionario que impregna al socialismo español en el momento de su arranque —1974 a 1976—,

también se contesta fácilmente qué sea el socialismo. «Socialismo era alcanzar una sociedad sin clases donde reinara la democracia plena y la autogestión a todos los niveles. Para alcanzar tal “objetivo final” eran imprescindibles *medidas sociales irreversibles* que golpearan a los intereses dominantes» (p. 21). Más difícil de contestar —y lamentablemente queda en la penumbra en el libro de Santesmases— es lo que hoy habría que entender por socialismo.

Lo que caracterizó, en último término, al llamado socialismo renovado es haber encajado la lucha contra la dictadura dentro de una «alternativa global a la sociedad capitalista». De ahí que Santesmases haga hincapié en que el socialismo, como proyecto global, no es compatible con la sociedad capitalista. El combatir por la superación del capitalismo se revela así la señal que marca a cualquier socialismo auténtico: antes de poder comprobar sus rasgos positivos —una sociedad sin clases, el desarrollo pleno de la democracia con una economía que gestionen directamente los trabajadores— necesariamente relegados a un futuro, tan lejano como impreciso, el socialismo en el presente sólo cabe ser determinado de manera negativa, como una *acción anticapitalista*.

El momento de apogeo del marxismo revolucionario lo vivió el PSOE en diciembre de 1976, en el XXVII Congreso. Y como ni con el mayor voluntarismo revolucionario se podía concluir que estuviera próxima la implantación de una democracia plena en una sociedad autogestionada, la cuestión principal que entonces se debatía era dilucidar las *etapas* que marcarían el proceso hacia el socialismo, partiendo de la dictadura fascista, para pasar por un Estado de *democracia formal*, a la que seguiría otra etapa en la que se alcanzaría la *hegemonía de la clase trabajadora*, desde la que se empezaría a

construir una *sociedad sin clases*. Un PSOE que se declaraba marxista y autogestionario, para cumplir en la primera etapa de eliminación de la dictadura, establecía como objetivo inmediato la república federal, después de apuntarse al principio de autodeterminación de los pueblos, y en política internacional, a una de neutralidad activa, con el consiguiente rechazo de los bloques militares, sin duda, las metas más adecuadas a las circunstancias y las más congruentes con la relación de fuerzas entonces existente.

El hecho de que Santesmases, para dejar testimonio de lo que entonces pensaron muchos en el socialismo español, no haya retocado textos escritos hace años, produce en el lector de 1993 no poca desazón. Por un lado, se echa de menos alguna explicación de por qué las cosas transcurrieron por canales tan distintos a los esbozados; por otro, la desorientación es mayúscula, al no estar claramente fechados los textos y, sobre todo, al dejar en una inaguantable ambigüedad si después de los acontecimientos del último lustro sigue pensando lo mismo, o ha cambiado de opinión. A dónde ha ido a parar el «reformismo revolucionario» se pregunta Santesmases con una nostalgia que no trata de ocultar, en fecha que no he logrado precisar: «¿qué ha quedado del bloque histórico anticapitalista, de la autogestión, de la unidad de la izquierda, de la neutralidad activa, de la lucha ideológica?» (p. 53).

Efectivamente, poco o nada; pero de ello tal vez no haya que lamentarse, sino todo, lo contrario. La ideología dominante en el XXVII Congreso tampoco influyó lo más mínimo sobre la España de entonces; al contrario, más bien sirvió de cortina de humo para impedir que se discutiera el tema que hubiera tenido que ser el dominante en aquel Congreso, qué camino, no sólo resultaba viable, sino incluso

más conveniente para un rápido y seguro restablecimiento de la democracia. Mientras se discutían las etapas que llevarían al socialismo, el derecho de autodeterminación de los pueblos de España, la neutralidad activa, el Congreso dejaba en manos de la dirección, a falta de haberla discutido en concreto, la política a desarrollar en los próximos meses, que todos sabíamos que serían decisivos.

En un artículo publicado en *Cambio-16*, el 26 de diciembre de 1976, con el título «PSOE: Crítica de un Congreso», en vez de congratularme por la orgía ideológica que hasta hoy tanto emociona a Santesmases, hacía hincapié en «que hasta ahora la iniciativa en la reforma está exclusivamente en manos del Gobierno y que marchamos a la democracia por el cauce establecido por el poder», lo que al parecer entonces poco o nada interesaba al marxismo revolucionario, ocupado en dilucidar cuestiones de mayor peso. A mí, en cambio, me parecía entonces, y me sigue pareciendo hoy, la cuestión principal que hubiera tenido que haber sido debatida en un Congreso que habría que calificar, según el punto de mira que se adopte, de clarificación o de la máxima confusión ideológica.

Si se considera que el XXVII Congreso acertó al establecer las coordenadas programáticas dentro del marxismo revolucionario, entonces el XXVIII Congreso tendrá que parecer el origen de todos los males, tanto en su primera versión que, como Santesmases explica muy bien, se caracterizó por el afán de mantener a todo trance el marxismo y al secretario general, sin que los delegados pudieran imaginar, ni mucho menos comprender, por qué estos dos objetivos tenían que resultar incompatibles, pero sobre todo, en su segunda ronda, qué libró al partido de tan pesada carga ideológica, abriendo la posibilidad de que pudiera gobernar. A un

precio, también hay que decirlo, que muchos no vimos o no quisimos ver entonces, y del que Santesmases me advirtió en aquel momento: reforzamiento de la estructura caudillista del partido, con todos los peligros que ello comporta.

«Abandonar el marxismo era un modo discreto de comenzar a tirar por la borda el socialismo. Renunciar a las señas de identidad ideológica era una manera sutil de renunciar también a transformar la sociedad en profundidad» (p. 73). Parece inconcebible que a la hora de explicar procesos sociales y políticos de tanta envergadura se dé tal importancia a los factores ideológicos, pero uno no se libra de la impresión de que para Santesmases todos los males vividos en la ulterior descomposición del socialismo español se derivan del abandono del marxismo. La ruptura principal dentro del socialismo la trazaría la pertenencia o no al marxismo, y en estos términos se planteó realmente la disputa.

Justamente el sector crítico surge en el XXVIII Congreso con el fin de mantener las señas de identidad de un socialismo democrático que centrarse su estrategia en la ruptura con el capitalismo, frente a una pretendida socialdemocracia, que se interpretaba como un modo de arreglarse, colocando los parches imprescindibles para poder gestionarlo con tranquilidad. En suma, el sector crítico se organiza, por decirlo con la fórmula que emplea Santesmases, «para evitar que el congreso extraordinario significara el Bad Godesberg español» (p. 76).

Pues bien, Santesmases, miembro fundador del sector crítico, no se separa en 1993 un ápice de este análisis que, si le he entendido bien, lo sigue dando por bueno. En consecuencia, habría que seguir considerando falsa la meta establecida por la mayoría de conquistar democráticamente el Gobierno lo antes posible. Los críticos argumentaban entonces que,

a diferencia de los demás partidos burgueses, para un partido socialista llegar al Gobierno no significaba tener el poder. Y ello, porque no basta con contar con una mayoría parlamentaria para iniciar el proceso de ruptura con el capitalismo; y, desde luego, no valdría la pena conformarse con gobernar dentro de este sistema. O bien se adquiere el Gobierno, junto con el poder social suficiente para romper con el capitalismo, o bien no tendría el menor sentido conquistar una mayoría parlamentaria, sobre todo teniendo en cuenta que no cabría hacerlo más que recurriendo a un electoralismo que lleva a la almoneda los proyectos de ruptura con el capitalismo, que serían consustanciales con el socialismo.

La delimitación de un orden capitalista, frente al cual habría que diseñar uno socialista, basado en principios tan distintos que para hacerlo realidad sería preciso hasta un «hombre nuevo», así como poseer la forma de saltar del uno al otro, ya que se afirma dogmáticamente que mientras domine el primero no habría la menor posibilidad de construir el segundo, lleva a un callejón sin salida. Desde este planteamiento, o bien se mantiene, contra toda evidencia, una vana esperanza en la capacidad revolucionaria de la clase trabajadora, o bien se acaba por tirar la toalla y, obsérvese, desde el supuesto implícito en este planteamiento de que nada se podría hacer mientras dure el capitalismo, que se declara inmodificable, como no sea con una estrategia de ruptura, que se revela imposible, no queda más que concluir la perdurabilidad inmodificable del sistema.

Desde el marxismo revolucionario no hay puente ni ruta hacia una socialdemocracia, posibilidad que queda eliminada de antemano, al definirla como una simple forma de gestión del capitalismo. El dilema es capitalismo o anticapitalismo; no habría terceras vías, ni desde luego,

nada entre medias. Desde el planteamiento que tenía el PSOE en 1976 caben únicamente dos salidas: o se termina por poner en cuestión la política de ruptura del capitalismo una vez que se duda de que sea posible, incluso, deseable, dado los riesgos y costos enormes que implica, y entonces no cabe sino aceptar dócilmente el capitalismo en su totalidad como el único orden socioeconómico posible, y en cuanto tal, deseable, y el «socialismo» queda entonces reducido a hacer política liberal capitalista en lo económico —también la única posible— con la esperanza de llegar un día a ser tan ricos que nos podamos permitir el lujo de hacer una política social que realice el valor proclamado de la solidaridad. Así que el «socialismo» resultante de esta reconversión del marxismo original no es más que capitalismo duro y puro, al que se le añade, para los años de las vacas gordas, la esperanza de una mejor redistribución social. Por la lógica interna de su planteamiento se explica que los marxistas revolucionarios, una vez que pierden la fe en la «ruptura», se apunten a defender el capitalismo en su máxima pureza. No hace falta dar nombres de ilustres marxistas convertidos hoy en liberales acérrimos.

O bien, como hace Santesmases, se mantienen fijos en la idea de que una estrategia de ruptura con el capitalismo es consustancial con el socialismo, y entonces hay que dar la espalda a la realidad, que de ningún modo conecta con esta dialéctica capitalismo-anticapitalismo, y llegar al absurdo de explicar el fracaso de esta estrategia por haber roto los lazos ideológicos en los que se sostenía. Porque el PSOE se separó del marxismo y de su correspondiente estrategia de ruptura con el capitalismo, ésta no habría podido llevarse adelante y, en consecuencia, ha habido que renunciar a hacer cambios profundos en la sociedad. La estrategia de

ruptura con el capitalismo no fracasaría por una larga serie de razones objetivas que, en última instancia, podrían resumirse en la falsedad del dilema capitalismo-anticapitalismo, sino, paradójicamente, por haber caído en la cuenta de que este esquema no lleva más que a la catástrofe. No ha habido ruptura, porque en el partido se impusieron —por suerte, diría yo; lamentablemente, diría Santesmases— los que se desprendieron de un planteamiento anticapitalista del socialismo.

La fórmula en la que Santesmases resume la evolución del socialismo español —«del marxismo revolucionario al liberalismo, sin pararse siquiera en la socialdemocracia»— me parece acertada, casi diría obvia. Lo que en su exposición no queda tan claro es que el supuesto de que se parta, la ruptura con el capitalismo, no deja otra salida que convertirse sin más al capitalismo, o bien, permanecer congelado en una estrategia anticapitalista sin la menor incidencia sobre la política real. A Santesmases se le escapa que ambas posiciones, el pro-capitalismo dogmático y el no menos dogmático anticapitalismo provienen de un mismo análisis que se quiere marxista, a la vez que suponen los mismos principios, aunque de ellos se saquen conclusiones opuestas, con un corolario común, no cabe diseñar una política socialdemócrata.

En efecto, no hay concepto en el lenguaje político contemporáneo con más amplia gama de significaciones y peor entendido que el de socialdemocracia. Los conversos a un capitalismo que conserva un débil tinte social se llaman a sí mismos socialdemócratas; también los que pretenden una «tercera vía» entre el capitalismo y el anticapitalismo, sin que nadie la pueda describir en concreto. En fin, en la cultura de la izquierda todavía pervive el prejuicio comunista de que la socialdemocracia, en vez de romper con el capitalis-

mo, no hace más que repararlo para que pueda sobrevivir y, en este sentido, es fundamentalmente reaccionaria. En la izquierda marxista revolucionaria, por enclenque y caduca que se haya quedado, todavía pervive un último residuo de la identificación estalinista de la socialdemocracia con el «socialfascismo».

Obsérvese que todas estas acepciones de la socialdemocracia parten de asumir el dilema capitalismo-anticapitalismo, que no permitiría más que inclinarse por uno de estos extremos, o bien, por un capitalismo, más o menos templado y corregido, con lo que la socialdemocracia queda absorbida en lo que piensa la mayor parte de los grupos sociales y políticos, o bien por la ruptura del capitalismo, lo que a la vez significaría la superación definitiva de la socialdemocracia.

Pues bien, todas estas maneras de captar la socialdemocracia —«una gestora eficaz del capitalismo avanzado, que olvida las grandes aspiraciones socialistas, pero ayuda a construir los pilares del denominado Estado de bienestar» (p. 156)— provienen de la visión interesada que han dado sus enemigos, y poco tiene que ver con la que se ha desarrollado en el centro y en el norte de Europa. La socialdemocracia, tal como se comprende a sí misma, no parte de un análisis marxista de la sociedad capitalista, de sus «contradicciones» y de la «necesidad de su superación», según qué fórmulas y en qué etapas, sino que, antes de hacer cualquier análisis del orden establecido que implique bien un cambio global, bien su conservación inmodificable, proclama unos valores —la paz, la libertad, la solidaridad, la justicia social— que pretende realizar en la medida de lo posible. Parte de la sociedad tal como está constituida económica, social y políticamente —llámese «sociedad capitalista», «sociedad industrial» o «postindustrial», hay que dejar a

los sociólogos el describir unos rasgos rápidamente cambiantes— sin plantear, pura construcción idealista, una alternativa global para después de la ruptura, o una vez que se haya desplomado el capitalismo, que quedaría sustituido por un orden *nuevo* capaz de superar las «contradicciones» y el antagonismo de intereses, gracias a la supresión de la propiedad privada de los bienes de producción y al despliegue de un *hombre nuevo*, con una conciencia tal, que antepondría el bien de todos al egoísmo de cada uno.

La socialdemocracia no se plantea la sustitución global de este orden por otro distinto, lo que no quiere decir que asuma en su integridad el existente. Los socialdemócratas, a diferencia del socialismo clásico, no contraponen un orden a otro, pero tampoco se quedan sin la posibilidad de criticar el establecido. La socialdemocracia, a partir de los valores que proclama, juzga cada situación, cada conflicto o problema planteado, en concreto. Hacer política consiste en llevar a cabo, paso a paso, según la relación dada de fuerzas y la capacidad de persuasión democrática que se logre desplegar, las transformaciones que se requieran, de modo que nos acerquemos, con avances y recaídas, a la realización de los valores que orientan nuestra conducta pública y privada, sin que, desde luego, pueda establecerse una meta final.

Lo anteriormente expuesto parecerá trivial si se reinterpreta dentro del esquema capitalismo-anticapitalismo y, en consecuencia, se concluye que la socialdemocracia, al no plantear una estrategia anticapitalista, se revela por ello mismo capitalista y, por consiguiente, su programa de transformaciones paulatinas nunca superará el marco que establece el capitalismo. Mientras que no nos libremos de este esquema no habrá forma de concebir una política que no lleve en su entraña el mar-

chamo de capitalista o de anticapitalista. Mientras se permanezca dentro de él, no cabe hacer más que una política servilmente capitalista —no habría alternativa— por altos que fueren los costos sociales o ecológicos, o bien, se espera a que el capitalismo perezca a causa de sus «contradicciones internas», con la esperanza de que se produzca el milagro de que con los escombros que deje se pueda empezar a construir un orden más eficiente, justo y libre. Me parece esencial señalar que cualquier renovación de la izquierda supone escapar a este esquema —capitalismo-anticapitalismo— y plantear la política que se deduzca de los valores que defendemos, sin dogmas previos sobre lo que da de sí el sistema.

Por ejemplo, desde los valores de libertad, justicia y solidaridad, desde el reconocimiento de la dignidad humana y del valor de un trabajo no enajenante para el libre desenvolvimiento de la persona, no hay modo de aceptar el desempleo. Ahora bien, si nos movemos, como es el caso en España, dentro del esquema capitalismo-anticapitalismo, no cabe más que una de estas dos posturas, o bien, desde la asunción dogmática del capitalismo, confiar en que el mercado resuelva el problema algún día, o bien, convencidos desde el anticapitalismo de que el mercado por sí no dará una respuesta satisfactoria, confiar en que los efectos desestabilizadores de un desempleo masivo reactualice una política de ruptura con el sistema.

En este esquema indudablemente no hay margen para una política socialdemócrata de empleo, que se diseña desde la asunción de que el mercado por sí mismo no resuelve el problema, pero tampoco su supresión, como ha demostrado la historia de este siglo. Teniendo los objetivos muy claros, hay que ser, sin embargo, muy flexibles y pragmáticos en las medidas que se toman, en los instrumentos que se em-

plean para alcanzarlos, sin rechazar ninguno por su pretendido carácter «capitalista» o «anticapitalista». Una política de empleo exige una intervención del Estado en distintos ámbitos y con diferente intensidad —es preciso superar el dogma de que el mercado funciona por sí mismo— de modo que se combinen crecimiento económico con una productividad creciente, lo que a su vez reclama tanto una enorme capacidad de innovación tecnológica, inconcebible sin la ayuda y la planificación estatal, como una clase empresarial y una trabajadora altamente cualificadas, capaces ambas de tomar la iniciativa y de asumir riesgos, lo que significa una reestructuración, tanto de la investigación científica y la enseñanza a todos los niveles, como de las relaciones laborales. Ha pasado a la historia, porque ya no hay modo de emplearla, una mano de obra poco preparada y eficiente, pero pasiva y sustituible en todo momento.

No es el momento de formular en detalle una política socialdemócrata de empleo; lo único que me importa es subrayar que se ha de orientar por los valores proclamados, orillando los distintos dogmas de lo que cabe o no dentro del sistema, para ir estableciendo lo que es imprescindible hacer para conseguir los objetivos propuestos, conscientes de los costos que ello devenga y de los intereses que daña. En fin, racionalidad en los fines y racionalidad en los medios por los que se opta, sin discutir ya más sobre lo que cabe o no dentro del capitalismo.

El dogmatismo respecto a los que se consideran principios inquebrantales de la izquierda, llega a extremos ridículos en la cuestión de la OTAN. Se da por descontado que la permanencia a un bloque es menos de izquierda que la «neutralidad activa», lo que es todo, menos evidente. A la hora de trazar una política exterior importa definir el escenario y dentro de

él, señalar los intereses que se persiguen, sin que para resolver estas tareas cuente demasiado el concepto de izquierda o de derecha. Desde unos principios puramente idealistas, claro que cabría definir una política exterior de izquierda, como aquella que defiende a ultranza la paz y la solidaridad con los más débiles, con el fin de establecer un equilibrio entre poderes, en base a organizaciones internacionales verdaderamente democráticas. Pero también esta política encuentra un límite infranqueable, allí donde choca con intereses propios que se consideran irrenunciables. También una política que se quiere de izquierda, por idealista que fuere, no puede evitar definir algunos intereses, sin cuya defensa se desaparecería como país independiente. Todos los Estados quieren la paz, pero también todos están dispuestos a defender, incluso con recurso a la fuerza, los que consideran «intereses vitales».

¡«España debe ser independiente de los bloques militares y debe adoptar una política de neutralidad activa *como contribución a la causa del socialismo*!» (p. 96; las cursivas son mías). En vez de tomar partido por una solución, neutralidad activa que, por principio, se considera más de izquierda que la pertenencia a un bloque, habría que haber estudiado previamente las posibilidades y costos que cada una de estas opciones implica para la España real, y no la idealizada, como adalid del socialismo. Ya pagamos a buen precio el haber sido en los siglos XVI y XVII la vanguardia armada del catolicismo en Europa, para ser ahora la del socialismo. En todo caso, la conexión real entre la entrada en la Comunidad Europea, que con toda razón constituía el objetivo principal de nuestra política exterior, con la permanencia en la OTAN, la convertía en un imperativo del que sólo cabía disentir por razones de mucho peso, y no por un simple «idealismo» de izquierdas. ¡Santesma-

ses en su «idealismo» llega incluso a afirmar que más vale defender «nuestros actuales márgenes de libertad» fuera de los bloques militares, «aunque ello traiga consigo una disminución de nuestro bienestar!» (p. 133). Le parece razonable, si la lógica antiotianista lo implicase, renunciar incluso a entrar en la Comunidad, con tal de defender «nuestra neutralidad activa». Sin haber hecho explícitas las ventajas para España de su «neutralidad», ni mucho menos los contenidos de las «libertades» de que gozaríamos fuera de la OTAN, acepta incluso el sacrificio de nuestro bienestar, como si la libertad real no estuviera vinculada al desarrollo económico, como si la pobreza no implicase ya de por sí un recorte importante de la libertad.

Una vez que, contra toda expectativa, cuatro años más tarde se desploma el Pacto de Varsovia, y con ello la OTAN pierde su anterior significación —hoy anda a la búsqueda de nuevos objetivos para legitimarse— y en un momento en que la permanencia en la OTAN no implica, ni mucho menos, los mismos riesgos, ni comporta el alto precio que todavía cabía imaginar en aquella coyuntura, la argumentación antiotianista, así como en menor medida también la otanista —en qué ha quedado aquel enorme poder expansivo soviético que hacía imprescindible nuestra permanencia— parecen, como en realidad son, sacadas de otro mundo.

¿Cómo fue posible que un político activo cayese en un *idealismo* tan elemental? ¿Cómo concebir que hoy Santesmases se ratifique con orgullo en una política tan desquiciada? Evidentemente, porque sigue preso del esquema ideológico que representa la dialéctica capitalismo / ruptura del capitalismo. Santesmases creía que si se conseguía que España saliese de la OTAN —y para ello ¡oh ingenuidad! bastaba con ganar el referéndum— cabía

nada menos que «rectificar el curso político de la transición» (p. 125). Es decir, la vuelta a 1976, para que en una España debilitada económicamente y aislada internacionalmente, se pudiera al fin intentar la política de izquierda que dogmáticamente se hacía coincidir con una «estrategia de ruptura del capitalismo». ¡Claro, por eso la derecha había optado por la abstención, segura de que el fracaso del referéndum suponía una salida de izquierda para el país! Grave error que ha pagado caro, al poner de manifiesto su cinismo, pero no porque la salida a la crisis que provocaba la victoria del no, en las circunstancias de la España y de la Europa de 1986, hubiera sido otra que la llegada de la derecha al Gobierno, que ya se encargaría de mantener a España dentro de la OTAN. Cualquiera que hubiera sido el resultado del referéndum, nos hubiéramos quedado en la OTAN. La cuestión que se debatía era otra: si la permanencia se confirmaba con un gobierno socialista o con uno de Alianza.

Por lo demás, como insiste repetidamente Santesmases, no cabe la menor duda de que la permanencia en la OTAN suponía una mayor integración de España en el mundo capitalista. Desde el esquema capitalismo-anticapitalismo, que manejaba tanto la izquierda como la derecha, resulta obvio que la permanencia significaba un fortalecimiento del capitalismo, razón por la que, en último término, muchos apoyaron la OTAN. Pero, tampoco es menos cierto que la experiencia trágica de este siglo nos ha enseñado que el socialismo sólo vale la pena de ser planteado, como quiso Marx, en un capitalismo desarrollado y pujante, en el que justamente pierde todo sentido el viejo esquema capitalismo/anticapitalismo. Creer que se está más cerca del socialismo, porque se vive en un capitalismo pobre y frágil es el gran sofisma del leninismo que ha im-

pregnado a toda la vieja izquierda y del que parece que no logramos despojarnos por completo. Ciertamente que cuanto peor funcione el capitalismo, mayores las posibilidades de que se desplome —la cuerda se rompe por el lado más flojo— pero con los escombros que deja no cabe levantar ningún socialismo que merezca este nombre, sino, en el mejor de los casos, cuando la sociedad no se consume en la anarquía o se aniquila en guerra civil, tan sólo un autoritarismo dictatorial.

Por mi parte, estaba convencido de que la permanencia en la OTAN era inevitable y que, además, el referéndum, en nada modificaría esta decisión: la derecha podía ser cínica, pero no estúpida al optar por la abstención. De ahí que me indignara que por razones de política partidaria se llegara a tan tremenda manipulación, sin retroceder, ni siquiera, ante el grave ataque a la democracia representativa. El mismo grupo parlamentario que había ganado las elecciones, dejando en el aire que nos sacarían de la OTAN con el apoyo de un referéndum, votaba luego en el Parlamento la permanencia. Si en cuestión tan esencial se había cambiado de opinión —de sabios es rectificar— no cabía más que disolver las Cámaras, para presentarse de nuevo a la elección, con la nueva propuesta de permanencia. Respetar las reglas de la democracia representativa me parecía el primer deber de los socialistas y no, por intereses exclusivamente partidarios, llevar al país al borde de la sima. Sin embargo, antes que arriesgarse a perder el Gobierno, se prefirió enfrentar el Parlamento, que ratificó la permanencia en la OTAN con el voto de casi todos sus miembros, a una opinión pública mayoritariamente en contra de esta decisión. Cuando Parlamento y opinión pública están en completo desacuerdo, la solución democrática no consiste en agarrar a la gente por el cuello y obligarla

a cambiar de opinión. A mí lo que me preocupaba con la escapada plebiscitaria del Gobierno para que el pueblo «decidiese» una cuestión ya decidida, era el desprestigio y menoscabo del Parlamento, al no respetarse las reglas más elementales de la democracia representativa, sustituida, parece que por una vez y sin que sirva de precedente, por la democracia plebiscitaria. No hace falta decir que en la oposición a que se celebre el referéndum me quedé bastante solo al final, sin hueco entre lo que era la vieja izquierda —volcada al no— y la nueva, defensora del sí. La una descubría entusiasmada el plebiscito para intentar dar una imposible vuelta a la tortilla; la otra, ponía en cuestión la democracia representativa, uno de sus valores prioritarios, para resolver con los costos más bajos un embrollo partidario.

Un análisis de la evolución ideológica del socialismo español, que no estuviera constreñido por el falso dilema de la vieja izquierda —capitalismo/anticapitalismo—, hubiera puesto en un primer plano las dos cuestiones claves de la evolución ideológica a partir de 1982. La primera, que la renovación ideológica del XVIII Congreso *bis* hacia una socialdemocracia no tuvo el menor ascendiente a la hora de hacer política desde el Gobierno. Lo más llamativo es que el salto desde la socialdemocracia a un liberalismo duro y puro se llevó a cabo sin haber intentado en este punto aproximar la teoría a la práctica, y sin que en el partido, que empezaba a gozar las mieles del poder, cuajase la más mínima protesta. El conflicto ideológico entre socialdemocracia y neoliberalismo se hace visible a partir de 1986 y como consecuencia del enfrentamiento del sindicato con el partido.

A la UGT de la transición la caracteriza el que no participase entusiastamente en el «marxismo revolucionario» del XXVIII

Congreso, ocupada en diseñar —frente a CC.OO., que eran las que más bien se inclinaban al «reformismo revolucionario»— una política sindical de corte socialdemócrata. La socialdemocratización del movimiento sindical es el gran aporte de la UGT, que me temo pueda resquebrajar los problemas internos derivados de la pésima administración de sus propias sociedades y cooperativas. En todo caso, el conflicto partido / sindicato que tiene diferentes causas, en las que ahora no puedo entrar, en el plano ideológico, que es el que hubiera tenido que tratar Santesmases, marca la diferencia entre la política liberal que propone el Gobierno y la socialdemócrata a la que se adscriben los sindicatos.

La segunda cuestión amplía al campo político la desavenencia que hemos constatado en el económico: por un lado, ideología democrática a ultranza —el socialismo se define como «el desarrollo de la democracia»— y, por otro, una práctica cada vez menos democrática, tanto en el interior del partido, como respecto a la sociedad en su conjunto y a las instituciones del Estado en particular. El control caciquil del partido, basado en la selección de cuadros económicamente dependientes, dispuestos a aprobar «democráticamente» todo lo que les echen encima, hasta llegar incluso a ratificar en los congresos que el derecho a voto en las cuestiones decisivas quede en manos de las cabezas de delegación, se extiende a la sociedad, en la que se intenta intervenir las instituciones con clientes de la misma calaña, que van a tener en todo momento muy presentes las indicaciones o los deseos de los que los nombraron y les pueden destituir. A partir de una ideología sustancialmente democrática, en la práctica se va achicando el ámbito social y el partidario de la democracia, hasta reducirla a su mínima expresión. La supresión paulatina de la transparencia democrática conlleva en todos los

sitios, y cómo no en nuestro país, un crecimiento considerable de la corrupción de los más diferentes tipos y muestras.

Pues bien, las dos cuestiones ideológicas capitales a partir de 1982 —la discrepancia entre la política socialdemócrata que se formula y la liberal que se practica, por un lado, y la defensa contundente de la democracia en el discurso y su eliminación sistemática en la práctica, por otro— no aparecen, o sólo muy de refilón, en el análisis de Santesmases. Ignoro por qué ha dejado fuera de este libro el tema cen-

tral del conflicto partido/sindicato, que algo nos hubiera iluminado sobre una práctica liberal y el recurso ideológico a una socialdemocracia destañada, y sobre todo, siempre me ha llamado la atención lo poco que Santesmases ha escrito sobre el encogimiento continuo de la democracia, tanto en el partido como en la sociedad, sin hincar el diente a los temas al rojo de la expansión de la corrupción, la militarización de la política de seguridad, o el recurso al terrorismo de Estado en la lucha contra el terrorismo de ETA.

RESPUESTA A MIS CRÍTICOS

Antonio García-Santesmases

UNED, Madrid

Quisiera, en primer lugar, agradecer el interés que han mostrado tanto Santos Juliá como Ignacio Sotelo por ocuparse de mi obra y poder así propiciar un debate. Coincido con Ignacio Sotelo en que ninguno de los dos textos es una reseña al uso y que los dos tratan de ir al fondo del asunto. La claridad y la contundencia con la que se expresan es de agradecer. Esa claridad y esa contundencia me exime de cualquier tipo de reticencia a la hora, como dice Sotelo, de afilar la espada. Comenzaré esta réplica con la crítica de Santos Juliá.

Réplica a Santos Juliá

Santos Juliá plantea muchas cuestiones de interés; entre todas ellas he seleccionado las siguientes: asistimos a una crisis del socialismo en su versión socialdemócrata, en su versión estalinista y en los intentos

de construir una tercera vía alternativa a las dos anteriores. Esa crisis no es semejante en los tres casos pero los tres coinciden en que ha sido imposible llevar a la práctica los contenidos del programa ideal. ¿Cuál es la razón de esa imposibilidad?, ¿la falta de coraje de los dirigentes? Si el ideal se ha frustrado en tantas ocasiones, ¿qué queda del ideal socialista? Los ideales, afirma S. Juliá, necesitan una referencia empírica, si no es así se cae en afirmaciones puramente moralizantes, en expresión de buenos deseos. Toda esa «moralina», sin embargo, no ayuda al análisis político que debe comparar experiencias reales ni es útil para la acción.

Comencemos con el tema del ideal. Santos Juliá afirma: «No extrañará pues, que incluso después de la caída, y cuando no faltan voces que proclaman el fin puro y simple de todo socialismo, queden todavía socialistas convencidos de que una ya